

20. Extracto de la 8ª CC SOBRE EL ESPIRITU INTERIOR

17 de mayo de 1806

Desde la prisión del Templo

In *Cartas-Circulares* p. 265-269

“La persona interior escondida en el corazón, es la que se debe adornar con el atavío incorruptible de un espíritu de dulzura y de paz lo cual es un precioso adorno a los ojos de Dios.” (Pedr., III, 4.)

....

Todo esto nos lleva a hablar de los servicios que las criaturas prestan a los hombres y del modo con que éstos suelen recibirlos. Toda criatura es más o menos directamente útil para el hombre. No me detendré a mostrar esta verdad manifiesta, ni menos me propongo entrar en detalles, porque sería tan imposible como superfluo. Ni siquiera tocaré más que muy ligeramente las principales especies de seres materiales entre las que todos vienen a ordenarse.

La primera que se presenta es la luz; no es precisamente un elemento, porque no entra para nada en la composición de los seres, pero lo mismo que los elementos, se encuentra en todas partes. Es el más noble, el más bello y el más útil de todos los seres materiales. La luz se insinúa con extrema suavidad; es incapaz de contraer ninguna mancha; distingue los objetos, les da color, comunica a todos su belleza; no son éstos bellos más que en cuanto participan de los rayos de la luz. Sin la luz el universo no sería sino un caos informe, no podríamos hacer nada ni el hombre podría subsistir. El sol, el más hermoso de los astros, dedica a la luz su actividad.

Vienen inmediatamente después los cuatro elementos:

El aire se eleva sobre todos los demás porque es más ligero; llena la vasta concavidad de los cielos; en toda su extensión un sinnúmero de globos juegan en él libremente; sirve de vehículo a la luz, al sonido y a la voz; mantiene el movimiento y la vegetación; el hombre, para vivir, tiene necesidad de respirar el aire a cada instante; los vientos son de su dominio.

El agua es de una utilidad general; sirve para todo; para la vida, para la limpieza, para la fertilizar la tierra; sin ella, los campos estarían bien pronto sin verdor y los animales sin alimento.

El fuego; aunque el más terrible de los elementos, es de uso cotidiano para preparar la comida, para procurar calor saludable, para ablandar los metales y hacerlos servir a nuestras necesidades.

La tierra nos sostiene, produce nuestros alimentos, su seno contiene todos los metales y es imposible describir todos los bienes y las ventajas que nos procura.

¿Pero, cómo reciben los hombres todas estas cosas? Sin hablar de la ingratitud enorme de la gran mayoría que no se sirve de ello más que para ultrajar al Bienhechor soberano, ¿cómo se conducen aquellos otros que no llevan tan lejos su ingratitud y su malicia? En todo momento se les prodigan estos beneficios casi sin medida. Dios, como abundante manantial, los derrama sin interrupción, inundándoles sin que siquiera paren mientes en ello. Diríase que es una deuda que la naturaleza tiene con ellos y se quejan cuando no les llega a su gusto, sin pensar más que en la criatura y nunca en el Creador.

Lo que llevamos dicho acerca del modo que el hombre interior considera en las criaturas, deja bastante entender el modo de apreciar los servicios que le prestan, cómo los recibe y el santo uso que de ellas hace.

Descubre en todas las criaturas otros tantos ministros de la voluntad bienhechora del Señor, que por orden suya, están continuamente ocupados en procurarle toda clase de bienes, en aliviar sus males, en proveer a sus necesidades, y en anticiparse a sus deseos.

Ve la acción de Dios mismo en todo cuanto ellas hacen por él. Es “Dios quien hace caer la lluvia sobre los buenos y sobre los malos” (Mt 5, 45); es Él quien alumbra en el sol, quien provee en él, sirve a su respiración, quien le calienta en el fuego, quien le refresca en el agua, quien le sostiene en la tierra, quien da a los alimentos la fuerza para mantenerle.

Se considera a sí mismo en el universo como un hijo querido en brazos de la Providencia, que vigila cuidadosamente todo lo que le concierne y así como sus cuidados se multiplican a cada instante hasta el infinito, querría también él multiplicarse infinitamente para testimoniarle su gratitud.

Lo que aumenta todavía más su vehemencia, es que en estos bienes de la naturaleza encuentra como un reflejo de los bienes infinitamente mayores y más multiplicados que recibe, cada día, en el orden de la gracia.

En la luz visible, ve la luz invisible que le ilumina. Jesucristo es el Sol divino de donde esta luz procede.

El aire le representa la Inmensidad divina que le envuelve por todas partes.

El agua le recuerda la del Bautismo y esa agua que salta hasta la vida eterna.

El fuego es el símbolo de la justicia divina y del divino Amor.

La tierra es una imagen de la Providencia sobre cuyo seno descansa gozosamente.

En los alimentos que toma, ve esa comida divina y deliciosa que el Verbo Divino da a los fieles en el desierto de esta vida mortal.

Según esto, queda bastante claro que el hombre interior debe juzgar la acción de las criaturas y lo que por ellas sucede, de muy distinto modo que la generalidad de los hombres. Éstos sólo lo juzgan según los sentidos, las ilusiones del amor propio y las ideas del mundo. Cuanto aflige a la naturaleza y contraría sus deseos, cuanto no se ajusta a las ideas falsas que el mundo tiene sobre el honor, la grandeza y las riquezas, le parece insoportable. Considera como grandes males esos azotes que de vez en cuando siembran la desolación en la tierra: las enfermedades, la pobreza, la humillación y el sufrimiento.

El hombre interior juzga estas cosas por la relación que tienen con el fin para el cual ha sido creado el hombre, con la Voluntad de Dios y con la elección que de ellas hizo el Hombre-Dios para Sí mismo. En consecuencia, lo más penoso para la naturaleza: los rigores del invierno, las escarchas, los calores abrasadores del estío, las tempestades, **la peste**, el hambre y las inundaciones, le parecen instrumentos de los que se sirve la Justicia misericordiosa de Dios para purificarle más y más y embellecer su corona. El estado de indigencia y de pobreza, la humillación, las penas y los trabajos de la vida, el fracaso en las empresas, la falta de algunos talentos, las tentaciones, las pruebas, las sequedades en el servicio de Dios, todas estas cosas consideradas según el orden de la voluntad divina, pierden a sus ojos lo que tienen de desagradable; las recibe con entera resignación y las abraza con amor. En cuanto a las cruces, humillaciones, oprobios sangrientos y muerte

sufrida por la verdad, al ver la elección que el Salvador del mundo hizo de ellas para redimir al género humano y procurar la gloria de su Padre, y cuán ennoblecidas y divinizadas quedaron por esta elección, estima como favorecidos y muy amados del Señor a los escogidos especialmente para participar en sus sufrimientos, considerándose a sí mismo como indigno de tan gran favor.